

Intervención de la escritora y editora Eva Forest en Florencia, en I Foro Social Europeo celebrado entre el 7 y 10 de noviembre de 2002, dentro de la conferencia sobre "El área de libertad, seguridad y justicia de la Unión Europea".

Euskal Herria en el Foro Social Europeo

En nombre de la democracia y con el pretexto de proteger la seguridad de los pueblos están ocurriendo cosas terribles en el mundo: matanzas indiscriminadas, genocidios de etnias enteras, amenazas de guerra con armamento de consecuencias imprevisibles; hemos visto desfilar en jaulas a los prisioneros de Afganistán camino de Guantánamo, masacres alucinantes en ciudades palestinas, recientemente en un teatro de Moscú el empleo de gases letales. Los horrores se suceden y son cada vez más graves y frecuentes y los estados los justifican aludiendo a los peligros del terrorismo. En medio de este panorama estremecedor, venir hoy aquí a hablar de la degradación de los Derechos Humanos en el País Vasco, un país pequeño, que no llega a los tres millones de habitantes y que es prácticamente desconocido, puede parecer un poco desproporcionado. Y, sin embargo, es imprescindible y hasta urgente perforar el silencio represivo que envuelve esta realidad. Porque lo que ocurre en el País Vasco, no sólo está íntimamente ligado a lo que ocurre en el mundo sino que constituye un ejemplo muy a tener en cuenta en esta búsqueda de diálogo y entendimiento de problemas que nos reúne hoy aquí. El área político-geográfica que ocupa Euskal Herria, el hecho de estar en la Comunidad Europea, de formar parte de dos estados que se consideran altamente democráticos, todo ello le da a la represión que sufre el País Vasco unas características muy especiales que pueden ser un aviso de lo que podría ocurrir en el futuro a otros países de Europa si no estamos vigilantes. Y no crean ustedes que es fácil explicarlo, porque cuando la represión se produce en un estado democrático «respetable», la denuncia se hace muy difícil y poco creíble. El silencio y la manipulación informativa son dos de las grandes armas con las que se han encargado de ocultar la realidad. Del País Vasco no se sabe nada, hasta el punto que se podría decir que no existe. Lo único que circula es que hay «un grupo terrorista que mata por matar», «una minoría fanática que lo apoya», y todo ello en el fondo de «un nacionalismo trasnochado y racista». Esta es la imagen que conviene y que abrumadoramente se difunde. Nada del problema real, nada del derecho de autodeterminación que se les niega a los vascos, nada de las continuas luchas; luchas que no sólo reclaman ese derecho sino que abogan por cambios sociales profundos, por un orden más justo y una sociedad más habitable y humana. Nada del fabuloso y creativo movimiento popular que diversifica estas luchas y consigue grandes éxitos siempre silenciados: parar, por ejemplo, una central nuclear como Lemoniz, o movilizar a miles de personas en defensa de su lengua, o en solidaridad con los presos; o tener un diario de financiación popular con una tirada de 30.000 ejemplares. Nada se dice de las grandes manifestaciones en contra de la OTAN, que fue rechazada en Euskal Herria, o en solidaridad con los pueblos oprimidos que defienden sus derechos a liberarse. Silencio siempre y de-monización. Y esa nueva modalidad de ampararse en la Democracia para en su nombre acusar inmediatamente de nazis y fascistas a los disidentes y presentar el mundo al revés. Nada se dice tampoco de la gran represión, de las nuevas leyes antiterroristas, de la kafkiana medida penitenciaria de la dispersión, que mantiene a los presos no sólo alejados de sus familias sino en permanente zozobra desorientadora. Nada de la tortura. Y cuando hablo de tortura no me estoy refiriendo a simples malos tratos sino a técnicas más sofisticada y otras más brutales, entre las que la bañera y el empleo de corrientes eléctricas son muy frecuentes. Para que se hagan una idea, en el año 2001, el TAT, asociación de médicos y juristas que lucha contra la tortura, recogió

en un libro más de 75 casos de personas que habían denunciado haber sido torturadas. Y quedan fuera de esta cifra los que por miedo a las represalias no se atrevieron a ello. Nada se dice, en fin, de esa gran violencia institucional, de este terrorismo de Estado. Y debería de ser motivo de reflexión no sólo política sino ética, el que todo esto esté ocurriendo en esta Europa que se dice democrática, en la que los gobiernos callan y aceptan, las mayorías políticas callan y consienten, y cuando levantan la voz es para aludir sólo «al terrorismo», sin especificar lo que dicen, sin pararse a pensar en ello, sin indagar más allá de frases vacías que se convierten en estereotipias. Porque si bien es cierto que en el País Vasco existe una lucha armada, que muchos no aceptan y que tiene consecuencias muy dolorosas, lo verdaderamente grave es la gran violencia del Estado. Desde este foro de libertad, a nosotros nos gustaría decirles a quienes tienen responsabilidades en el Parlamento Europeo y aceptan listas negras que cierran el paso político a partidos democráticamente elegidos, que es muy importante estar alerta y no dejarse engañar, que hay que mirar con atención hasta ver el fondo de los problemas, que hay que empezar por ahí si se quiere realmente resolverlos y llegar a buenos entendimientos para que la sociedad progrese. Nosotros tenemos abundante documentación para ilustrar la denuncia. Y si ustedes están interesados, les podemos proporcionar muchos datos porque, en lo que a Derechos Humanos se refiere, hemos venido haciendo un minucioso seguimiento, casi con lupa, de cómo se produjo la transición de la Dictadura a la Democracia, de cómo fue evolucionando esta democracia, de cómo fue deteriorándose cada vez más, hasta llegar al estado actual de degradación. A toda esta experiencia acumulada me refería cuando he dicho al principio que podemos aportar nuestro granito de arena para empezar a trabajar juntos. En 1982 yo realicé un trabajo, muy detallado, sobre 300 casos de tortura, en el que se demostraba ya que el 85% de las personas torturadas, lo eran para ejercer sobre ellas el miedo y paralizarlas socialmente. Eran personas detenidas, torturadas y puestas en libertad, a los pocos días, sin cargo alguno, por el juez. Y en aquellos momentos, hace veinte años, nosotros denunciábamos que en Euskal Herria, bajo el pretexto de perseguir al terrorismo, se estaba tratando de eliminar cualquier movimiento social disidente. Aquel aviso de entonces, que parecía desmedido, se ha hecho más visible ahora. Y ha pasado a ser una práctica generalizada en el mundo. Lo nuestro era un preludio, como en otra escala lo fue la guerra del Golfo, que anunciaba ya lo que ocurriría en Yugoslavia y en las guerras venideras. Después del 11 de septiembre la situación represiva ha empeorado en el mundo. La represión se ha extendido y se ha hecho descarada y cínica. Y en Europa hemos sufrido esta repercusión. Cuando Bush dijo que había que emplear la guerra sucia, quienes en España habían creado el GAL para eliminar a ETA, se frotaron las manos diciendo: «¿Lo ven ustedes cómo teníamos razón? Esto era lo que había que hacer». Cuando en los EE.UU. la CIA solicitó hacer interrogatorios «en profundidad», los torturadores en España se sintieron apoyados y la tortura aumentó en el País Vasco. Ahora se tortura más y con mayor impunidad, y en lo que va de año, los casos recogidos por el TAT son superiores a los del año anterior. Una nueva ley ha venido a ilegalizar un partido que tiene más de 200.000 votantes, a criminalizar a sus dirigentes y a encarcelarlos. Y una oleada de persecución se ha puesto en marcha para detener a las cabezas visibles del movimiento popular. Y la amenaza de ser acusados de «colaboración con el terrorismo» se cierne sobre nuestras cabezas. En mi país ya somos muchos lo que podemos ser sospechosos porque, entre otras cosas, decir lo que yo ahora estoy diciéndoos, puede suponer hacer apología de la violencia. Y la palabra Democracia, hoy más que nunca, se ha convertido en un arma -escudo para proteger al Poder que agrade; en un arma encubridora de la violencia del Estado. «Nosotros los demócratas... os acusamos de terrorismo», «nosotros los demócratas... os acusamos de nazismo». Y hasta un juez «muy demócrata», llevado por su delirio demonizador, ¡ha llegado a insinuar que en Euskal Herria había limpieza étnica! Toda esta violencia es un ensayo. El País Vasco es un laboratorio donde se experimentan formas nuevas que van

a convertir en modelo y aplicar luego en mayor escala. Hoy ilegalizan este partido, pero si no hacemos nada por evitarlo, con esta misma ley ilegalizarán mañana otros partidos. De la misma manera que consentir el criminal embargo y una agresión permanente a Iraq es dar vía libre para que ocurra lo mismo en otras partes de Europa; es dejarle al Imperialismo las manos libres para que, cada vez que le convenga, haga retroceder un país desarrollado a la era preindustrial. Esta visión global del problema es imprescindible para entender lo que está ocurriendo, para que podamos unirnos y colaborar de una manera eficaz en búsqueda de nuevos caminos para llegar a conseguir una paz real, que no sea la paz engañosa de los cementerios. Y un último punto muy preocupante antes de terminar: con lo grave que es esta represión visible a la que me he referido, es mucho más grave aún otra represión soterrada que no se ve y que tiende también a destruirnos. Me estoy refiriendo a la pasividad, a la indiferencia, al consentimiento. ¿Cómo pueden ocurrir cosas tan graves sin que nos invada la cólera y nos movilizemos para intervenir? Me estoy refiriendo a la pérdida de sensibilidad que conduce a la anestesia. A la pérdida de la capacidad crítica que conduce a la sumisión, al acatamiento, a la dócil aceptación de un mundo deshumanizado que nos dicen que es el mejor. Al control del pensamiento al que tantas veces alude Chomsky. Todo esto no es gratuito y es importante que lo sepamos. Son formas de muerte que nos preparan y que hemos de denunciar. Nosotros estamos por la vida. Y la vida es participación, conocimiento, interesarse por los problemas, tener reflejos, saltar ante la injusticia, actuar. La vida es comunicación, intercambio de experiencias, enriquecerse los unos a los otros, estar informados. Romper la ignorancia y el aislamiento al que quieren condenarnos. Conexionarnos. Saber que no estamos solos, que aquí y allá, a lo largo y ancho del planeta, hay focos de lucha y resistencia, que somos más de lo que parece, y que es posible vencer si estamos juntos y somos solidarios. El mensaje, en fin, que quería transmitirles a quienes escuchan de buena voluntad y con el ánimo de avanzar en esta búsqueda de un mundo más habitable, es el de que vengan a Euskal Herria: vengan y miren con sus propios ojos, y juzguen. Nosotros también vamos a veces allí donde un foco de lucha y resistencia nos indica que hay vida. En su día fuimos a Vietnam. Ahora vamos a América Latina, vamos a Palestina, vamos a Iraq. Y miramos, miramos hasta saturarnos, y lo que vemos nos enriquece y nos hace más solidarios y más fuertes en nuestra lucha.

(*) Intervención de la escritora y editora Eva Forest en Florencia, en el recientemente celebrado I Foro Social Europeo, dentro de la conferencia sobre "El área de libertad, seguridad y justicia de la Unión Europea".